

Leila Sucari

¿SE DICE ASÍ?

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LEILA SUCARI
¿SE DICE ASÍ?

TUSQUETS
EDITORES

Todo lo que importa sucede de noche. Cerca de un río. Cerca de un tren. En un idioma extranjero, con los labios pintados de rojo. Un tajo robado al tiempo, los ojos ebrios de asombro. Todo lo que quiero decir es en realidad un silencio. El pucho que prendo con otro pucho. El hueco entre una cosa y otra.

—¿Cómo se dice te quiero chupar la pija?

—Je veux sucer ta bite.

Estamos en un hotel frente a la estación de tren de Burdeos. Las paredes dicen la palabra «bienvenidos» en muchos idiomas. Yo no debería estar acá. Ahora mismo debería estar en un congreso en Barcelona, comprando souvenirs para mis hijos, preparando el regreso a Buenos Aires. Pero mentí, usé la plata que me quedaba de la beca y me tomé un avión a Francia. En el free shop me pinté los labios y

me perfumé con la marca que imaginé usaría la protagonista ridícula de mi película si esto no fuera en verdad mi vida. También compré dos cajas de chicles de frutilla y una de puchos. Viajé de un país a otro solo por una noche, solo para coger con él una vez más. Así que ahora estoy acá, desnuda, en una cama blanca, frente a una ventana que da a otras ventanas, con el maquillaje corrido, a punto de chuparle la pija.

Solo les chupo la pija así a las personas que amo. Es la segunda vez que lo veo y creo que ya lo amo. Sucer ta bite, repito en voz baja en mi francés mediocre y dejo que todo él entre en mí. Lo devoro con mi boca, lo envuelvo con mi lengua, sin apuro al principio, fuerte después. Le chupo la pija con devoción divina, como si no existiera ninguna otra cosa en el mundo. Como si las palabras no alcanzaran, como si el cuerpo no alcanzara. Con esa desesperación, con esa entrega. Después le doy la espalda, abro una latita de Coca y me prendo un cigarrillo mirando lo que hay del otro lado.

No existe principio ni final. El tiempo se superpone, se abre, se pliega. El tiempo es un amante promiscuo. Si escribo ahora es para que esto no se termine, para seguir en él. Si escribo ahora es porque no me quiero olvidar. Tampoco quiero volver al tra-

bajo. Ni llevar a mis hijos a sus partidos de fútbol los domingos a la mañana disfrazada de mami deportiva. Mucho menos lavar los platos acumulados del fin de semana. La vida doméstica es un espanto. Si escribo, es porque no puedo tocarlo. Porque me aburre todo lo demás, porque al final él tenía razón: lo único que me importa es coger.

Hoy se cumplieron dos meses de esa última noche. Desde que volví, estoy atrapada en una especie de ficción. Las primeras tres semanas me las pasé escribiendo y pensando en L sin parar. Intenté traducir poemas en su idioma, me anoté en residencias y becas de lingüística para tener una excusa y viajar a verlo, me bajé una aplicación para practicar francés, pasé días enteros adentro de las películas de la Nouvelle Vague, tuve insomnio, miré una y otra vez las fotos que saqué de su espalda mientras dormía y de la cama vacía cuando se fue a tomar el tren esa mañana nublada en Burdeos. Pasé tres semanas encerrada, sin ver a nadie, huyendo de mis hijos y de mis ex, temblando cada vez que la imagen de su clavícula y el recuerdo de su lengua irrumpían en mi cerebro con una urgencia imposible. Flotando en una ensoñación agónica, sin saber qué hacer, comiendo alfajores y masticando chicles sin parar.

También hubo otro. Una especie de espejo. Un doble. A veces se me confunden. A veces no sé a cuál de los dos deseo en realidad. La pasión es inexplicable y extraña. Puro capricho. La pasión por este otro no cuadra con la historia. No cuadra con nada. Pensé en fusionarlos, volverlos un mismo personaje y escribir una novela sobre una mujer que empieza a comer carne cruda y a intoxicarse a sí misma por no saber qué hacer con el amor. También pensé en anularlo, borrarlo, desecharlo. De la historia y de mi cabeza. Pero cada vez que lo intenté, apareció con más fuerza —no él, el deseo apareció—.

El problema con este otro es su belleza. Voy a llamarlo A. Con él no pasó nada, ni siquiera un beso. Hace dos meses que también estoy loca por A. Nos mandamos un total de 32 mails, 32 cartas de amor absurdo, entre el 21 y el 27 de diciembre. En la última él me dijo cuidate en inglés. En la última yo le dije te beso. Prometimos no volver a hablar, ahora nos enviamos señales mudas. A veces me escribe mensajes que después borra.

Hace unas semanas que dejé de escribir, también dejé de pensar que van a aparecer en mi puerta. En el trabajo me ofrecieron que me tome licencia, una forma delicada de echarme. Acepté casi contenta. Ahora pienso de dónde mierda voy a sacar plata, pero no me preocupa, algo se me va a ocurrir.

El padre de mi hijo mayor me llamó para decirme que cuando pasó a buscar la mochila de natación de Oliverio notó la casa muy desordenada. Me quedé preocupado, dijo, y me recomendó a su psicóloga y también una aplicación de mindfulness. ¿Vos estás bien?, preguntó con su típico tonito de solucionador de problemas. Terminamos discutiendo, le corté el teléfono cuando dijo que me estaba pareciendo cada vez más a mi vieja. También me dijo loca. Un clásico.

La última vez que lloré fue hace tres días, cuando miré la película de Rohmer *El rayo verde*. Vi su ciudad y lo imaginé a L en ese mar, en esas olas, en esas rocas. Con otra. Con todas. Con cualquiera menos conmigo. Hace dos semanas también vi la foto de A con su novia, la bailarina del burlesque de Praga. La besaría a ella también. Viajó a París a buscarlo después de leer nuestros mails. Antes de subirse al avión, me escribió: it was fire explosion in my heart. Me and him we are made of same cells. He would never fuck you without me.

En la foto parecen felices: el río Sena a sus espaldas, los tapados de piel, la lengua de ella sobre la barba de él. Los dientes brillantes de los dos. Todo es tan exuberante que me confunde. Sentí un dolor de espasmo eléctrico, parecido al miedo, al asombro de alguien que ve algo por primera vez. Desde ese momento, empecé con el asunto de los trenes.

Mandé a los chicos con sus respectivos padres. Les dije que tenía que ocuparme de unos asuntos importantes. Ya están grandes, pueden arreglarse sin mí. Yo los llevé en mi útero, los parí a los tres, los alimenté con mis tetas, que ahora se encarguen los progenitores. También empecé a salir con desconocidos de las aplicaciones, a andar todo el día desnuda por la casa, a tocarme en el sillón, frente a la ventana, a tomar vino con hielo y comer alfajores a cualquier hora. Los chicles importados se me terminaron.

A veces pienso que en verdad nada de esto sucedió. A veces tengo la certeza de que es otro de mis inventos. Una manera de alterar la conciencia, de perderme en lo inútil, de admitir que en realidad nunca sabemos qué hacer ni a quién amar. Que todo es un misterio que nos convulsiona y que después pasa, demasiado rápido como para llegar a entender.

Pero es mentira. Sí hubo un principio. Y el principio fue el olor. Esto ya lo dije: el amor es una cuestión de olfato. Y antes que el amor está el sexo. Fue en la puerta de mi hotel, dos semanas antes de encontrarnos en Burdeos. Nos despedimos con un beso en cada mejilla. Fue en el segundo beso que lo sentí: mezcla de tabaco, aire de montaña, calle, tierra húmeda, mar, noche. Un olor conocido y extraño a

la vez. Fue un segundo. Cerré los ojos, percibí el vértigo y me deslicé sonrojada por la puerta de entrada.

Nos habíamos conocido un rato antes en la estación de tren de Chamartín, en Madrid. Yo recién aterrizaba de un vuelo infernal de 24 horas sin dormir. Había vomitado, estaba agotada. Él tenía un bolsito de cuero marrón y estaba parado en medio de una escalera. No le presté atención, no quería conocer a nadie, solo llegar a mi hotel y darme una ducha. Me acerqué y le pregunté:

—¿Sabés cuál es el tren para ir a la estación del Sol?

—No lo sé, pero voy hacia ahí.

No quiero reconstruir una historia. No quiero escribir una novelita sobre un romance fugaz. ¿A quién le importa? Los hechos del pasado me aburren. Voy a empezar de nuevo. Voy a escribir en presente. Esto es una caminata por el Parque del Retiro. Es otoño. Hay árboles gigantes. Yo los toco, los miro, les saco fotos. Lo llevo a él por caminos de tierra donde no hay nadie. Es casi de noche. Él me dice la fille des arbres. Yo tomo café, hablo más francés del que sé. No intentamos besarnos. Alguien toca un arpa. O es un saxo. El sol cae justo sobre el agua y sobre las esculturas de mármol. La luz es perfecta. Hace frío. Es domingo. Tenía que irme esa mañana a Barcelona, pero no había conseguido

pasajes. El congreso empezaba al día siguiente en la Facultad de Filología y Comunicación. Me quedé sin hotel y él me ofreció pasar la noche en el departamento que había alquilado por unos días. Hay tres habitaciones, podés quedarte tranquila. Eso lo dijo en inglés, la noche anterior. Le dije que thank you, que lo iba a pensar. Ahora nos miramos pero todavía sin vernos. Me gusta que todo sea lento. Una combustión sutil. Aunque nos conocemos hace dos días y eso podría parecer poco, pero no. Sé que su padre fabrica juguetes y que su madre trabajó en una óptica. Sé que tiene una ex que vive en Madrid, creo que todavía un poco la quiere. Sé que vive frente al mar, que es periodista, que surfea y que hay albañiles trabajando en su casa. Sé cómo le decían cuando era chico —escribo esto y me sonrío—. Y no sé nada más.

Ahora caminamos por calles empedradas. Las luces de la ciudad se prenden. Ay, su cuello. Es por acá, le digo. Y nos perdemos. Your sens de l'orientation no es muy bueno, dice. Y nos reímos. Seguimos caminando sin rumbo hasta llegar al jardín botánico, hay un espectáculo que se llama *Naturaleza encendida*: cada planta titila con una luz diferente, los caminos del parque se cubren de fulgores azules y violetas. No puedo dejar de mirar sus manos, sus uñas perfectas, el grosor de sus dedos. Espiamos del otro lado de las rejas. Alors, me quedo en tu casa.

Vamos a buscar mis valijas. En el baño del hotel me pinto los labios de rojo. Él espera en la vereda. Le dejo todas mis cosas. Tardo en volver.

Llueve. Abro mi paraguas, pero los alambres están rotos. Camino dos cuadras esquivando personas hasta que me canso y lo dejo tirado en una esquina, al lado del tacho de basura. Avanzo debajo de la lluvia. Mejor así. Para qué cargar con algo que no sirve para nada. Prefiero mojarme. Llegando a la estación de tren, veo un feto en la vereda. Lo miro escurrirse bajo el agua, no entiendo de qué animal es. Un bebé humano, pienso. No es posible, pero no puedo dejar de verlo. Sus manos abiertas, como agarrándose del suelo. El color indefinido, la suavidad resbaladiza de lo que puede deshacerse en cualquier momento, de lo que todavía no es. Hasta ayer creí que estaba embarazada. Una semana de atraso, las tetas hinchadas, las náuseas del otro día, la fiebre de deseo en todo mi cuerpo que no paró de crecer desde esa noche juntos. Un desorden hormonal: un bebé. Busqué, como si fuera algo nuevo para mí, síntomas de embarazo en internet. Hice cálculos, podía ser de él o de otro. De ese otro con el que cogí en el pasillo del bar frente al cementerio. Un embarazo de tres semanas, un bebito del tamaño de una semilla de calabaza; un embarazo de una semana, la nada

misma. Me decidí por la calabaza. Al menos algo habría quedado, me habría dejado una parte de él adentro mío. Un hijo: algo compacto, de existencia comprobable. Entonces podría estar segura de que no me lo había inventado. Le enseñaría a hablar francés, visitaríamos a su padre en la costa del mar Cantábrico. O tal vez el embarazo arruinaría todo, él desaparecería, dejaría de hablarme, ya no habría posibilidad de romance. Criaría a un hijo sola; un hijo hermoso. Otro más.

—¿Cómo se dice hola, estoy embarazada?

Pero no. Me desperté a la madrugada con la presión en el útero, esa que se parece tanto a la presión de angustia en el pecho. Fui al baño y ahí estaba la sangre, brillando. El cuerpo le pone límites a la fantasía. Ahora veo el feto bajo la lluvia y pienso que, de alguna manera incomprensible, ese que está ahí es nuestro hijo.

En el tren no hay nadie. Es domingo y cada vez llueve más. No extraño a ninguno de mis tres hijos verdaderos. Se sube una mujer cargada de bolsas. No se sienta. No ocupa ningún lugar, tampoco me mira. Se baja dos estaciones después. Voy y vengo de una terminal a la otra hasta que se hace de noche. El movimiento es lo único que me calma.